

La cultura de la parentalidad como un antídoto contra la violencia y la barbarie. El orden simbólico en una sociedad violenta.

Leticia Solís Pontón

El texto que presento a continuación es producto de la reflexión y del trabajo clínico en el campo del psicoanálisis aplicado al tratamiento y prevención del sufrimiento psíquico del niño y de los padres. Este campo, que conocemos como parentalidad, reconoce que el funcionamiento psíquico está determinado por la complejidad de las instancias que integran el aparato psíquico, la existencia de la dimensión inconsciente, la sexualidad infantil y sus evoluciones, sexualidad que acompaña al hombre desde el nacimiento hasta la muerte. El estudio de la psicopatología del recién nacido y de las interacciones tempranas con sus padres que se ha desarrollado a partir del siglo xx en Francia (Lebovici, 1983; Lebovici & Weil-Halpern, 1989), en Inglaterra (Winnicott, 1958, 1964), en Estados Unidos de América (Emde, 1989; Osofsky, 1976) y en América latina (Solís Pontón, 1997, 2004), nos arroja luz sobre la importancia de los intercambios entre el recién nacido y sus cuidadores que dan origen a lo que conocemos como vínculo primario (Ainsworth & Witig, 1969; Ainsworth, Blehar, Waters & Wall, 1978).

El vínculo primario que se establece entre el neonato del humano, su madre y su padre se encuentra en el origen del proceso que conocemos como subjetivación (Stern, 1985). Este movimiento dará origen al espacio psíquico tal y como lo concebimos en base a las aportaciones de Sigmund Freud (1995).

La constitución del vínculo primario implica la participación de los participantes de la diada y/o triada primaria: el bebé, la madre y el padre.

El fenómeno que describo da origen al estudio de la parentalidad, como el proceso psíquico de convertirse en madre y en padre de su hijo. Se inicia generalmente, con el deseo del hijo, se continua a partir de las representaciones que los padres hacen de su hijo imaginario desde antes del nacimiento y a partir de este momento, con el encuentro que se produce con el bebé real. Este proceso se cristaliza con la parentalización que hace

el bebé de sus padres. Se trata de un movimiento psíquico que contiene dos polos:

Parentalidad-----filiación

En un polo se encuentra el convertirse en padre su hijo, la parentalidad y en el otro se encuentra el reconocerse como hijo de sus padres y adherir a la cultura familiar, la filiación.

Esta figura nos lleva a *la metáfora del árbol de vida* propuesta por Serge Lebovici (1998) para comprender la transmisión psicológica que se da entre generaciones y que constituye una cierta forma de narración que los integrantes de la familia comparten de su propia historia y que no necesariamente coincide con el genograma o realidad histórica sino que se relaciona con la realidad psíquica. Este proceso que se construye en el psiquismo de los padres y del hijo, va a prolongarse y a reeditarse a lo largo del ciclo vital.

La parentalidad así concebida en el aparato psíquico, implica un orden primario, un orden simbólico que será co-emergente de la cultura. Ambos, psiquismo y cultura son formaciones de lo que llamamos proceso de humanización.

El ejercicio al que este texto pretende participar es una lectura transdisciplinaria de la noción de cultura de la parentalidad que desarrollo en las páginas que siguen y que propongo como un posible antídoto contra la violencia y la barbarie.

En este camino partimos del postulado que el psicoanálisis a partir de encuadres teóricos y metodológicos diferentes podrá abrir la pista a reflexiones que nos permitan avanzar en la comprensión del fenómeno de ser padres y de ser hijo.

De natura a la cultura

“tener un hijo no significa convertirse en padre o madre”¹

Comencemos por recordar que la reproducción biológica que el hombre comparte con otras especies animales no significa *la parentalidad*. Este vocablo, *parentalidad* se asocia con parentesco y con parentela es decir con los lazos de consanguinidad y /o de alianza que se encuentran en el origen de la organización familiar y grupal, es decir social. La organización y la

1 Lebovici, S. (2002). En L. Solís Pontón, *Parentalité, défi pour le troisième millénaire*. Paris: PUF. (Coll. Le fil rouge) Chapitre 1, dialogue.

transmisión del parentesco ha sido estudiada de manera particular por los antropólogos como Levi- Strauss (1967) y más recientemente por Maurice Godelier (2004) quien se ocupa de las transformaciones del parentesco en las sociedades actuales.

La parentalidad se distingue del parentesco en el sentido que puede o no incluir los lazos de consanguinidad, como en el caso de los padres y los hijos adoptivos y en las procreaciones médicamente asistidas. La parentalidad señala un proceso psicológico, un trabajo interior que los padres realizan para pensarse a sí mismos como hijos de sus padres y padres de su hijo, implica entonces la creación de una serie de representaciones mentales en la cadena generacional y en la transmisión de los modos de crianza y de educación de la prole. Es una formación mental que organiza el pensamiento de los padres frente a sí mismos y frente a su hijo. Estructura igualmente el pensamiento del niño que aprende a reconocer a sus padres y descubre a través de los cuidados maternos y paternos que padres e hijos tienen atribuciones y funciones diferentes, que padre y madre no es lo mismo. La cuestión de la diferencia generacional, de la sexualidad y del género se encuentra presente desde principio.

La introducción de la triple diferencia y el orden simbólico.

La parentalidad introduce la triple diferencia en el ser humano:

I.- diferencia: yo-no yo. Esta implica reconocimiento de la individualidad del niño y de los padres.

II. Diferencia de generaciones padres e hijos: La familia constituye una red de intercambios asimétricos en donde se atribuye la necesidad de protección al hijo y la autoridad del padre. En este sistema asimétrico sabemos que los participantes se retroalimentan continuamente

III.- diferencia de género masculino - femenino: Ser madre no es lo mismo que ser padre, el padre y la madre tienen características diferentes, y también funciones diferentes en relación al hijo que poco a poco aprende a distinguirlos.

La madre y el hijo forman la díada original que en el origen es una unión biológica, pero esta díada es en realidad desde el principio una triada porque el padre se encuentra como se tercer elemento que apoya y que contextualiza las relaciones entre la madre y el hijo tanto de manera real como imaginaria. Cuando el padre juega con el niño este aprende la diferencia que existe con la madre, al mismo tiempo que juega, apoya y protege, estimula al niño a separarse de la madre y a convertirse en un ser social, esta función paterna será fundamental en su desarrollo y su importancia se pondrá de manifiesto

en diferentes etapas de la vida, particularmente en la adolescencia.

La triple diferencia introduce un orden simbólico en la célula familiar donde se reconoce:

- la necesidad y el derecho inalienable del niño a ser reconocido en su individualidad, protegido, alimentado y educado por sus padres.

- la prohibición del incesto y del intercambio sexual entre padres e hijos como actuación que viola la diferencia fundamental de generaciones.

- el derecho del niño a la infancia, a una historia de sus orígenes

- la autoridad parental que reconoce el hijo con la transmisión familiar.

Esta transmisión constituye una verdadera *herencia psicológica* y se opera de diferentes maneras:

- transmisión intergeneracional: es la transmisión que se da de padres a hijos

- transmisión transgeneracional: es la transmisión que se da principalmente de abuelos a nietos y es una forma de transmisión muy importante.

- el mandato transgeneracional: en ocasiones lo que se transmite al bebé puede ser tan pesado o rígido que puede obstaculizar su desarrollo y entonces se habla de un mandato transgeneracional el cual es generalmente inconsciente

En esta perspectiva vemos que la parentalidad constituye:

I. Una forma de estructurar el pensamiento, de pensarnos a nosotros mismos en relación con nuestros progenitores así como también en relación con nuestra descendencia.

II. Crea al mismo tiempo límites y formas de organizar las relaciones en el grupo familiar, se construye así una organización de los intercambios que comparten los integrantes dando lugar a una dimensión intersíquica de la parentalidad.

III. La parentalidad es también un acto de cultura que rige los intercambios en el interior de la familia así como entre las diferentes familias y grupos sociales. Por ejemplo, cada familia tiene un estilo propio de manifestar el afecto, en las familias mexicanas este se liga de manera particular a la manera de alimentar al niño y las madres y abuelas son especialistas en esto.

Pero que ¿pasa en la familia cuando la madre trabaja todo el día y el niño va a la guardería?, ¿qué ocurre cuando los padres se separan y vuelven a unirse con otros cónyuges y que estos tienen a su vez otra historia familiar y otros hijos?, ¿y cuando la familia se muda del campo a la ciudad o a otro país y la forma de cuidar al niño cambia?, ¿y cuando un bebé no es esperado

y deseado y a veces mal tolerado?

Del lado del bebé. El bebé, ese extraño familiar, constructor de una historia. El bebé, en su desvalimiento original, que lo sitúa en un estado de dependencia total con respecto al otro (Freud, 1995) dependencia que como sabemos, va a prolongarse durante varios años por el fenómeno de neotenia. No obstante, el recién nacido participa con su equipo innato y va a realizar lo que conocemos como la parentalización de los padres (Lebovici, 2002).

Sucede con frecuencia el preguntarse cómo viene el pensamiento al bebé. Y esto se debe a que aún antes de su nacimiento el bebé nos plantea más de un enigma. El anuncio del nacimiento de un niño constituye siempre una noticia que cimbra no solo a la futura madre y al futuro padre sino también a los padres de estos que se convierten en abuelos. Toda la historia de niñez de la madre y su “novela familiar” se ve movilizada así como la de los futuros abuelos que ven en el niño a venir la confrontación de su vejez pero también la posibilidad de sentirse renacer en el ser por venir. Sentimientos de lo que se desea transmitir al bebé surgen desde el inicio en los futuros padres y en los futuros abuelos. ¿Cómo será el bebé, será un niño, o una niña? ¿A quién se parecerá? ¿Tendrá el mismo color de ojos que su padre? ¿O el tono de piel de su madre? ¿Hereditará el carácter emprendedor de mi padre? ¿O será una persona tímida como mi madre? ¿Le gustará la música como a mí? ¿O será inquieto como su padre?

Estas son algunas preguntas que surgen en la mente de la madre cuando recibe la noticia de su embarazo, el bebé y ella se confunden en su mente, pero empieza a dibujarse un bebé que la madre imagina. Ideales y esperanzas se ven de pronto concentrados en ese ser que promete reunir todas las cualidades. Un momento de gracia, una completud narcisista puede ocurrir gracias al sentimiento de fusión y de felicidad de la madre con el bebé deseado. Ese bebé aun invisible habita el cuerpo de la madre y a la vez parece venir de lejos, pero ¿de dónde?

En efecto la madre siente portar en ella algo de la vida de su cónyuge, de la vida de sus padres y de los padres de su cónyuge. Muchas interrogantes se abren y se espera que el bebé traiga las respuestas. Al mismo tiempo que su cuerpo se transforma, un cúmulo de emociones, de recuerdos, de esperanzas y temores fertilizan la mente de la futura madre, algunas de ellas son guardadas en secreto y otras se mantienen inconscientes, a este estado particular de fragilidad emocional se le ha llamado de *transparencia psíquica* (Bydlowski, 1997). Es así como cada bebé es imaginado desde antes del nacimiento por su madre y que esta construye diferentes representaciones,

Serge Lebovici (1983) propone las siguientes representaciones:

- el bebé imaginario: es el bebé de las fantasías conscientes y preconsciouses de la madre. Es el producto de su deseo de hijo.
- el bebé fantasmático: es el bebé que emerge de las fantasías inconscientes de la madre, heredero de su complejo de Edipo.
- El bebé narcisístico: es el bebé del narcisismo de la madre.
- El bebé cultural: es el bebé que está en relación con la cultura de la madre y que es, en algunas culturas, asociado a un bebé mítico.
- El bebé real: es el bebé en su corporeidad real.

Estas múltiples representaciones se mezclan y se alternan en los intercambios con el bebé real, dando lugar a una dimensión imaginaria y fantasmática (ligada a la fantasía inconsciente) de las interacciones. Estos intercambios precoces comprenden también la expresión de los conflictos inconscientes de la madre y son algunas veces fuente de malos entendidos y de desarmonía en el vínculo con el bebé. En estos casos el bebé puede convertirse en el receptáculo de la proyección de conflictos. Se comprende entonces que la construcción del mundo representacional del niño y de los escenarios que se crearan entre el niño y sus padres depende en gran medida de las representaciones que la madre se formó de éste en su estatus de bebé imaginario.

Las capacidades del bebé y la parentalización de sus padres

“el niño hace a la madre”²

El niño construye y parentaliza a sus padres al mismo tiempo que se construye él mismo. Si el recién nacido es dependiente de su madre, se sabe que no es por lo tanto un recipiente pasivo de los cuidados maternos. Numerosos estudios como los de a. Korner (1974) y de J. Osofsky (1976) muestran que el neonato posee un número importante de capacidades que pone en juego en la parentalización de sus padres.

Así por ejemplo Brazelton (1973) ha mostrado que el bebé reconoce la voz de su madre y la distingue de otras voces, volteando su cabeza hacia ella cuando esta lo llama. La madre así gratificada en su narcisismo siente la madre de su hijo. En el curso de estos intercambios tempranos cada infante presenta características propias que van a entretenerse con el deseo de sus padres. Otro hecho importante es que el bebé distingue muy

2 *Ibid.*

pronto los cuidados que le proporciona su madre de aquellos que su padre le procura, Fivaz et al. (1994) encuentra que el bebé posee desde el principio la capacidad de establecer intercambios triádicos y no solamente diádicos como se ha pensado hasta ahora.

El hijo encuentra su lugar en la familia a partir de la confrontación del bebé imaginario con el bebé real y la adaptación de los padres a las necesidades de su recién nacido. Al mismo tiempo, la vida íntima de los padres determina que en la noche la madre va a dejar a su bebé para encontrarse con su pareja, lo que va a producir en el niño un sentimiento de frustración al verse excluido de la intimidad de sus padres; su narcisismo interviene entonces para consolarse a sí mismo, gracias a este mecanismo el niño va a poder dormir y a soñar con el amor de sus padres, dando lugar a lo que se conoce como construcción de la escena primitiva.

Así, a través de las interacciones reales e imaginarias se hila el tejido de la vida familiar. Estas puntuaciones de presencia y de ausencia sucesivas son indispensables para que el bebé construya en su mente la escena primitiva que lo llevara a aceptar su papel de hijo en la triada familiar.

Del lado de la madre

Los cuidados maternos, paradigma de la parentalidad. La transmisión del narcisismo primario

La madre, que porta al feto en su útero durante los nueve meses del embarazo, va a construir simultáneamente representaciones del bebé que estarán asociadas a su propia historia infantil y generacional. La madre, al identificarse al desvalimiento de su bebé va a socorrerlo adaptándose a sus necesidades de manera que realiza lo que conocemos como “preocupación maternal primaria” (Winnicott, 1958). Debido al estado de sensibilidad particular que vive la madre durante la gestación y los primeros años del niño, la reactivación de su propia infancia y de las relaciones que ella tuvo con su madre, dan lugar a una regresión psíquica que la conduce a identificarse con el feto que lleva en el vientre como el bebé que ella fue o que hubiese querido ser. Con frecuencia la madre se identifica a una imagen idealizada de sí misma, de la época en que fuera el objeto del amor total e incondicional de sus padres.

Bertrand Cramer (1989) propone la idea de la nostalgia de un paraíso perdido y el deseo de reencontrar este estado de gracia, como el origen del deseo de tener un hijo. Así, la madre va a experimentar el deseo de amar y de

cuidar a su bebé como ella misma hubiera deseado serlo. Generalmente su narcisismo se ve gratificado cuando la futura madre siente los movimientos del bebé en su vientre. Más aún si ella se siente acompañada y amada por el padre del niño y por los miembros de su familia. De esta manera el bebé va a alimentar el narcisismo de la madre. Pero cada familia tiene también una forma de narcisismo de su linaje que se transmite de padres a hijos; por ejemplo, la transmisión de ciertos rasgos físicos o de carácter son motivo de orgullo y una cierta forma de identidad familiar. Otras familias valoran o por el contrario rechazan y aun negar algunas capacidades o disposiciones, por ejemplo las familias de músicos, o ciertas disposiciones que contrarían la tradición y los valores familiares. Los padres van entonces a atribuir ciertos rasgos especialmente valorados a su futuro hijo. Este último va a ser investido de un destino que deberá cumplir, a menudo se trata de un ideal que los padres mismos no han podido lograr, el caso contrario puede también ocurrir y el futuro bebé es presentado como un ser maligno que vampiriza a la madre, ciertos temores de malformación de bebé pueden estar asociados a conflictos inconscientes de la madre.

En este proceso la joven madre va a identificarse a su propia madre para procurar los cuidados necesarios a su bebé. Paralelamente, por una corriente regresiva, ella se identifica a su bebé. Este juego de identificaciones permite la adaptación de la madre a las necesidades de su bebé. De esta manera ella le transmite su propio narcisismo, y al sentirse amado por su madre, el bebé construye a su vez su narcisismo primario.

Seguindo a S. Lebovici (1997) podemos afirmar que el narcisismo primario transmitido por la madre, va a permitir que el yo del niño se desarrolle y que adhiera a la vida. En esta hipótesis, Lebovici sigue también a S. Nacht (1965) quien describió al narcisismo como “el guardián de la vida”. Pero conviene recordar que el nacimiento del niño marca un violento enfrentamiento con el bebé real que la madre debe acunar sin haber completado la gestación de su bebé imaginario -incompleto por definición- y ello, en la plena efervescencia de los fantasmas inconscientes reactivados por los aspectos más profundos del narcisismo transgeneracional y de los conflictos edípicos de ésta. Este conjunto de circunstancias hace del periodo perinatal una fase llena de vicisitudes y tierra fértil para las proyecciones inconscientes de los padres, lo cual explica la complejidad del proceso de armonización de las primeras interacciones entre la madre y el bebé.

Esta etapa primordial del ser humano se desarrolla a partir de los intercambios corporales de la madre y de bebé las percepciones, los

movimientos y los ritmos de cada uno participan en este escenario como en la serie siguiente:

- el seno de la madre
- la mano de la madre
- la mirada de la madre
- la voz de la madre
- la cavidad buco-faríngea del niño
- la mano del niño
- la mirada del niño
- la guturalizaciones del niño

La corporeidad física, así como las implicaciones libidinales del cuerpo de la madre y del niño constituyen el escenario de la interacción. A la ruptura biológica del nacimiento, para restablecer la continuidad, debe seguir una simbiosis psicológica a partir de intercambios afectivos, de las anticipaciones creativas de la madre y de las respuestas del bebé.

De esta manera, a través de sus cuidados maternos la madre transmite también a su bebé su vida psíquica a la cual este va a responder construyendo sus primeras representaciones y retroalimentando también a su madre que va a interpretar las respuestas de su bebé según sus propios deseos y temores, por ejemplo cuando el bebé encuentra la mirada de la madre y la fija ella interpretará que la está viendo, una mueca de sonrisa durante el sueño hará sentir a la madre que su bebé está contento pero en ocasiones puede producirse que los temores inconscientes matizan fuertemente esta interacción. Por ejemplo: una joven madre me llama con urgencia, alarmada porque su bebé niña de solamente cuatro semanas tenía el ceño fruncido, ella pensaba que su bebé sufría y eso la llevó a darle el pecho toda la noche, cuando la madre se separaba, la bebé lloraba, de pronto la bebé se quedó dormida y la madre interpretó que su hija podría morir, en este momento me llamó presa de pánico. A través de la consulta pudimos reconocer que en realidad este incidente obedecía a sus temores de ser abandonada por el padre de la niña, ya que ella era madre soltera, y de manera más profunda, ella temía la separación de su propia madre cuya historia infantil estaba matizada por la muerte de su propia madre cuando ella tenía apenas cuatro años y que viéndola partir, se negó despedirse, enojada por lo que la pequeña sentía como un abandono materno. En realidad la madre, enferma de un cáncer terminal, partía al hospital del cual nunca regreso. El sentimiento de culpa que la pequeña experimento la llevo a una depresión grave que se reactivaría más tarde con cada nacimiento de sus tres hijas a las que, incapaz de asumir su maternaje, confiaba a una nodriza. La joven madre que temía por la muerte de su bebé y me llamó en urgencia, en realidad era presa de un episodio de angustia por el sentimiento de culpabilidad inconsciente y de abandono transmitido por su propia madre quien ahora se convertía en

la abuela materna de la bebé.

Cuando un niño mira a su madre y toma el alimento que esta le da, sucede algo interior en esta que se convierte en *su* madre. Así, cuando existe el apoyo familiar y social, el deseo de tener un hijo y de criarlo surge como parte natural del desarrollo. La unión, seguida de la separación del niño y la madre se da de manera progresivamente con la maduración del niño. De esta manera el niño deseado por sus padres se afilia naturalmente a la cultura familiar y al grupo social, esto significa también que el niño se puede separar de su objeto materno, como cuando va a la guardería.

Es importante notar que los padres necesitan sentirse buenos padres para hacer frente a su función parental que no siempre es fácil y que implica muchas veces renunciar o posponer la satisfacción de sus propios deseos. Esto se logra por el deseo del hijo y por la *parentalización* que el niño hace de sus padres gracias a sus respuestas. Cuando las situaciones se complican como en el ejemplo precedente, la intervención de un profesional puede contribuir a restablecer la dinámica entre el bebé y sus padres.

Del lado del padre

Límites, estructura y diferencia. Presencias y ausencias paternas
« *el padre es un acto de cultura* »³

El padre constituye el otro polo de la tríada familiar. El padre introduce la diferencia en los intercambios entre la madre y el lactante, contextualiza y enmarca las interacciones tempranas. Representa una separación en el binomio madre – bebé. A diferencia del lazo maternal que es originado en la biología, el lazo paterno está marcado por un acto de reconocimiento, un acto de voluntad. En esta cadena, la madre designa al padre del hijo que ella lleva dentro de su vientre, diciendo “tú eres el padre de mi hijo” y el hombre así designado va a reconocer al hijo afiliándolo en su estirpe.

« el padre representa una presencia y una ausencia potencial »⁴

Para el hombre, el paso del estatus de progenitor al de padre puede ser considerado como un acto de nacimiento social (This, 1980) un acto de cultura, como lo ha señalado Sigmund Freud (1976). André Green en su estudio sobre el átomo del parentesco de Levi Strauss (1977) señala que

3 Freud, S. (1976). *Totem et Tabou*. Paris: Payot. (Trabajo original publicado en 1912-13)

4 Green, A. (1977). Atome de parenté et relations œdipiennes. In *L'identité*. Séminaire dirigé par Claude Lévi-Strauss, Figures Grasset : 93-94.

el padre es una presencia puntuada de ausencias. La proximidad corporal máxima que se da entre la madre y el hijo en las primeras semanas después del nacimiento no suele ocurrir con el padre, éste generalmente tiene la función de proveedor, sale a cazar o a trabajar y aporta el sustento a la familia, cuando llega al hogar la madre cambia su actitud hacia el hijo y la díada se convierte en triada. En muchas culturas la introducción del padre está marcada por ritos como la cuarentena que determina que la madre y el hijo permanecen en una cierta forma de aislamiento con el apoyo de las comadres y abuelas y al cumplirse la cuarentena un festejo marca el regreso de la mujer la vida de pareja y el lugar del hijo como producto de la unión de los padres. Se trata de un acto protector y simbólico que al reconocer la vida sexual de los padres define también la diferencia de generaciones.

« el padre es una no madre »⁵

El padre interviene de varias formas con su hijo, interviene de forma directa a través de sus juegos y sus cuidados que prodiga al hijo. La observación de las interacciones tempranas entre el bebé y sus padres muestran que el padre tiene tendencia a jugar más que la madre, por ejemplo en el gesto muy común de lanzar al hijo al aire y recuperarlo, existe una distanciaci3n y un reencuentro que el ni1o generalmente disfruta intensamente.

En el padre todos sus gestos son diferentes e intensamente libidinizados. Mazet y Stoleru (1990) consideran que los intercambios paternos provocan estados de alerta y de tensi3n que facilitan la emergencia de ritmos motores alternos en el beb3. El beb3 reconoce muy pronto la diferencia entre el padre y la madre y aprende a interactuar con los dos, padre y madre; se establece de esta manera una primera sincronía o a sincronía en la tríada; simultáneamente el beb3 aprende que será separado de la madre por el padre. De esta manera el padre interviene indirectamente a través de la madre y directamente con el beb3, dando paso al proceso de triadificaci3n.

Distancia y diferencia son elementos fundadores del psiquismo del beb3, en el cual el padre tiene una funci3n activa, como propulsor del desarrollo, de la socializaci3n y de la simbolizaci3n; el padre con su empatía, puede anticipar las necesidades de su beb3 y aportarle una base segura para acceder a la cultura. Se trata de un camino que nos lleva de la filiaci3n a la afiliaci3n.

5 Cyrulnick, B & Lemay, M. (1998). *Parlez-moi du père* [Video]. Marseille : Anthea parole donné.

« *el padre está primero en la mente de la madre* »⁶

Si bien es cierto el padre interviene con el bebé más tardíamente que la madre y que inaugura la diferencia en la forma de intervenir con el niño, la presencia del padre se encuentra desde el principio en la mente de la madre, es decir que cada madre porta en su interior representaciones de cómo es un padre y cuáles son sus atribuciones, y estas representaciones paternas de la madre generalmente están asociadas a su propia historia de niña y a su padre, es decir que concierne de una manera u otra su propia historia edípica y generacional. Por ejemplo, una madre que ha tenido un padre violento o que ha sufrido de acoso sexual y que tiene un hijo varón, es probable que inconscientemente proyecte en él su agresividad y desconfianza hacia los hombres, si es niña tal vez trate de protegerla contra el propio padre impidiendo la comunicación entre ambos. En contraste, la integración del padre como una figura de respeto y de seguridad será de gran valor cuando la madre deba enfrentar funciones de autoridad con su hijo. En esta perspectiva vemos que el abuelo materno interviene como un componente importante de la figura del padre que como vemos es una figura compleja integrada de múltiples elementos paternos.

Por otro lado, es importante considerar que cada cultura define sus formas de paternaje (Levi-Strauss, 1967), “se puede ser padre de diferente manera dependiendo de las culturas.” (Cyrulnick & Lemay, 1998). Por ejemplo en África algunas sociedades proponen la existencia de poli-padres: padre, padre pequeño, abuelo, tío materno, etc.; el padre puede encargarse y asegurar la función educativa, de proveedor, el rol del amante de la esposa, etc.; pero sobre todo por el deseo de ser padre, a partir de la representación que el hombre tiene de sí mismo como padre, se volverá padre un día, la pareja vivirá una transformación en el momento que la función parental se inicia.

En la cultura occidental de nuestros días, los padres participan cada vez más en los cuidados de sus hijos. Pese a la diferencia de nueve meses en relación con la mujer, ya que el hombre no lleva al bebé en su cuerpo, acompaña y protege a la madre y en cierto modo se identifica a ella en su embarazo y comparte incluso algunos síntomas; como un « útero afuera del cuerpo materno » (Cyrulnick & Lemay, 1998). La madre por su parte va a concentrarse en darle sentido a los movimientos del bebé dentro de

6 Lebovici, S. (1993). On intergenerational transmission: from filiation to affiliation. *In Infant Mental Health Journal*, 14,4 :260-272.

su vientre, le dirá al padre que se mueve, que «va a ser futbolista como su padre», preparando de esta manera el lugar del padre. Cuando el bebé nace él ya ha sido investido por los padres. De esta manera, los gestos y cuidados maternos y paternos ya son parte de su historia.

J. A. Barriguete señala la capacidad de arrullo o de consuelo el padre como un elemento que marca considerablemente los dominios relacionales del bebé, de la madre y del padre (2002): En toda relación padre-madre-hijo, existen frecuentemente momentos de «impasse», y sus respectivas situaciones de solución, las cuales marcarán a los protagonistas, proporcionándoles nuevas modalidades de aproximación y relación, o por el contrario promoviendo la repetición de conductas. En las primeras semanas del nacimiento del bebé, cuando se regresa a la casa, ocurre la inauguración de la paternidad e inicio de una aventura de descubrimiento del nuevo habitante en el hogar. Esta nueva etapa en la vida familiar va a cambiar muchas costumbres, como la proximidad con los abuelos.

Durante estas primeras semanas de noviciado total, habrá momentos críticos en donde el bebé llora y la madre se tensa, es importante que el padre pueda tomar el relevo, incluso sin saber qué hacer, sobre todo al final del día, ya que es el momento de mayor cansancio de la madre y cuando él ha regresado de trabajar.

En nuestra cultura, la inclusión del padre se hace progresivamente, a él le toca incluirse y a la madre facilitar y promover dicha inclusión aceptando del padre los límites de su naturaleza masculina. El padre en su ejercicio va a arrullar, cargar y contener a su bebé. Esta experiencia de cuidados, que él asume conjuntamente con la madre del bebé va a permitir al padre, no solamente vivir una experiencia íntima en relación con su bebé sino el convertirse en el padre de « su bebé ». Al tomar el relevo de la madre, permite a esta reconocerse como mujer, aceptando la complejidad y lo agotador de tales tareas, la madre al tomar distancia de sus funciones maternas con el apoyo de su esposo podrá ser una « madre suficientemente buena » (Winnicott, 1964) renunciando al ideal de una “madre perfecta”. El padre entonces aprende a dejarse guiar por sus acciones y las de su hijo, descubriendo ambos como relacionarse, entretenerse, descubrirse, disfrutarse, jugar, etc., lo cual solo lo podrán descubrir juntos, los dos, a los ojos de la mamá, juntos los tres, ella aprenderá a descubrir que un tercero podrá disfrutar y descubrir a su bebé y gracias a eso ella podrá descansar, hacer y pensar en otras cosas. Esta situación relacional necesita del aprendizaje del bebé y del padre, quien tendrá que poner en función sus

propias modalidades de para-excitación y de sostén.

Una « suficientemente buena capacidad de arrullo » nos habla de la flexibilidad del padre a acceder a esta nueva modalidad de relación con su bebé, sin buscar suplantar la fundamental función materna, sino contribuyendo a hacerla más sólida y flexible. Algunas de las consecuencias en el bebé de la carencia de la capacidad paterna de arrullo y de contención se observan en las familias de los bebés que sufren trastornos de la conducta alimentaria.

« ¿y cuando el padre no existe? ¡hay que inventarlo! »⁷

Esta fue la respuesta firme de Serge Lebovici sobre la ausencia del padre.

1° En efecto, cuando el padre no cumple su rol y no existe una figura sustituta, el bebé tendrá mayor dificultad en separarse de la madre, permaneciendo pegado y durante la adolescencia la ira tomará el rol separador que el padre no pudo llenar. Este es el caso observado en muchos adolescentes que presentan conductas antisociales y o adictivas.

2° la organización *après-coup* es precipitada por la irrupción de eventos y de situaciones, en las cuales como resultado de la maduración orgánica, ciertas eventualidades van a permitir al sujeto acceder a un nuevo tipo de significados y elaborar sus experiencias anteriores.

3° la evolución de la sexualidad favorece de manera importante el fenómeno del *après-coup*, debido a los desfases temporales que esta comporta en el hombre.

S. Lebovici y B. Golse (1998) explican la influencia de este fenómeno en la transmisión intergeneracional. Así, el *après-coup* intervendría en la formación de las representaciones concernientes al *yo-parental*. Estas representaciones que se transmiten de padres a hijos, no tienen nunca una causalidad linear, al contrario, la transmisión intergeneracional obedece, no solamente a la intersubjetividad sino igualmente a la elaboración intrapsíquica que tiene en cuenta la maduración. La noción de *après-coup* aparece como un instrumento indispensable para explorar las sinuosidades que caracterizan el tejido de los lazos familiares.

En esta perspectiva, el *yo-parental* sería el resultado de un trabajo de prueba de realidad de las prohibiciones y de las prescripciones parentales que conforman el super-yo, que muchas veces se presenta como una

7 Lebovici, S. (2002). En L. Solis Ponton, *Parentalité, défi pour le troisième millénaire. op. cit.*

herencia psíquica arcaica y desligada de la realidad. Esta herencia, leída en una perspectiva vertical, incluye al sujeto con sus padres y con su descendencia. En una perspectiva horizontal este introduce la alteridad en la cual evoluciona el sujeto, es decir la de la vida de familia, de la pareja y del grupo social, de la cultura.

II. Parentalidad y fantasía inconsciente

El complejo de Edipo y la ambivalencia

Hemos podido constatar repetidas veces que el niño en su existencia no puede ser sino el producto de la unión de los padres. Como lo propone A. Green (1977) en su estudio sobre el átomo del parentesco, el hijo es el elemento que inaugura la triada. Está presente, al menos potencialmente, en el deseo de la pareja, pero es al mismo tiempo excluido del goce sexual que le da origen. El hijo se revela como el tercero excluido de la escena conyugal y esta exclusión marcará su deseo sexual así como el deseo de muerte hacia los progenitores.

El niño en su sexualidad infantil basada en la satisfacción de las necesidades corporales, va a soñar del amor de su madre y también del de su padre. De manera paradójica, para conservar el amor de estos y asegurarse de su protección, el infante se ve obligado a renunciar a la satisfacción de sus deseos aceptando su lugar de hijo. De acuerdo a las etapas de desarrollo, este se verá obligado de expresarse por la palabra, de adquirir la limpieza, de aceptar la espera y de compartir sus bienes con los demás. El niño renunciara al amor de su madre y se dirigirá hacia otros intereses, como la escuela y la vida en grupo, mientras espera el momento de alcanzar la madurez sexual en que podrá a su vez encontrar una pareja. Así, al aceptar la prohibición del incesto, el niño adquiere los límites que la cultura le impone para convertirse en un ser social.

Sin embargo, sabemos que el proceso del niño para alcanzar la sexualidad adulta no será nunca sencillo y los caminos para llegar a ella no son jamás lineales, la ambivalencia y la bisexualidad constitutiva del ser humano determina los avatares de lo que será la novela familiar de cada uno. Devereux (1965) formula que *“el complejo de Edipo es inseparable de la noción de paternidad, así como la idea de incesto, la presuponen”*. Siguiendo a Lowie (1933) Devereux observa que: el animal es incapaz de cometer incesto, y es al mismo tiempo, incapaz de abstenerse, simplemente porque la noción de incesto, como la de parentesco o paternidad, le son

ajenas”. De esta manera se demarca la frontera del enfoque entre la zoología y el psicoanálisis.

En la construcción del sistema de parentesco, la renunciación es la regla que la estructura. El incesto, como trasgresión posible de la regla, introduce el *tabú*, como también el *deseo* como la realización simbólica del placer prohibido. Devereux muestra que las construcciones concernientes a las prohibiciones y a sus posibles reparaciones, por una trasgresión posible en los diferentes grupos sociales constituyen la tarea esencial de cada cultura. La cuestión del deseo como antítesis de la acción alimenta el fantasma que organiza los intercambios imaginarios al interior de la triada familiar. En esta perspectiva, el deseo así como la renunciación de su satisfacción inmediata e indiscriminada se encuentran en el origen del aparato psíquico así como del sistema social. En otras palabras deseo y ambivalencia serían entonces ingredientes básicos de las relaciones humanas. Podemos afirmar con Devereux que ambas creaciones del hombre, psiquismo y cultura, son co-emergentes en la evolución del ser humano.

Las fantasías inconscientes de los padres y el potencial agresivo de cada individuo.

Las fantasías de muerte y de incesto en la parentalidad “*el demonio se alberga en los detalles*”⁸

Como acabamos de ver, el hombre para acceder a la cultura, debe elaborar sus pulsiones arcaicas sexuales y agresivas. Reprimidas en el inconsciente, estas pulsiones van sin embargo a luchar por expresarse. Cuando el ser humano, se convierte en padre o en madre, el hecho de reconocer estas fantasías inconscientes constituye un motivo de malestar. No es fácil reconocer las propias mociones agresivas o sexuales cuando se trata de las relaciones con el propio hijo. Estas pulsiones reprimidas son sin embargo una parte central de un saber inconsciente de las leyes primordiales, las cuales todo padre y toda madre deben tener en cuenta cuando se trata de asumir su rol parental.

⁸ Dicho popular de Hungría citado por David, M. & Appell, G. (1973). *Lôczy ou le maternage insolite*. Paris: Editions du Scarabée.

P. Fedida (1977) propone que “el incesto y el crimen pertenecen a un saber del inconsciente que se define, fuera de la psicosis, como el saber que se niega del deseo travestido y simbolizado gracias al cual es posible que existan roles y relaciones que nadie puede transgredir”. De esta manera, el saber de los padres es asegurado por su institucionalidad racional y relacional como el poder de fijar prohibiciones de manera cultural, las “reglas” que la vida familiar viene a validar empíricamente.

Podemos constatar que las prohibiciones y las reglas que forman el núcleo de la parentalidad se encuentran en la base de la organización social. Sin embargo, la negación de las fantasías inconscientes que la sostienen puede conducir a los padres a situaciones paradójicas con su propio hijo. Por ejemplo estos pueden mostrar una tendencia a focalizar su atención sobre el comportamiento o el síntoma del hijo sin reconocer que existen aspectos pulsionales que conciernen tanto al niño como a mismos.

Una escisión psicológica en el funcionamiento parental puede conducir a considerar el comportamiento del niño como aislado de la vida afectiva de la familia, la agresividad inconsciente o las mociones incestuosas pueden entonces expresarse a través de una severidad exagerada o de la sobreprotección del niño. Este fenómeno es particularmente frecuente cuando el niño alcanza la pubertad y que la sexualidad de los padres se ve perturbada por este hecho.

La negación del propio potencial agresivo y sexual, la ruptura en la transmisión, el desracinamiento, la inversión de los roles entre padres e hijos, fragiliza y puede fracturar la fuente nutricia que debe ser la familia transformándose en un espacio donde la violencia, el abandono y la falta de respeto contaminan o sustituyen a los cuidados maternos que para ser nutricios deben transmitir el reconocimiento de la individualidad, y el derecho del niño a la niñez.

Algunas manifestaciones de la ruptura de este orden simbólico que introduce la parentalidad son:

- maltrato infantil, físico y también psicológico como el abandono y el rechazo o la indiferencia
- maltrato sexual donde el niño es usado como instrumento por los adultos ignorando lo más esencial de su derecho de ser niño.
- violencia domestica que afecta a todos los miembros de la familia, en particular las mujeres y los niños.

El yo parental

En esta perspectiva parece pertinente desarrollar la hipótesis de la

construcción y /o el fortalecimiento de un yo parental en el aparato psíquico de la madre y del padre que funcionara como una barrera contra la violencia, en particular la violencia psicológica que se expresa en las relaciones entre padres e hijos. El yo parental se construye gracias a la elaboración de las representaciones infantiles de sí mismo y de sus objetos para llegar a una representación más evolucionada de un modelo triádico donde el sujeto pasa de su estatus niño al de madre o de padre, lo que supone igualmente el ver en la pareja la integración de la sexualidad genital heterosexual.

El yo parental impone barreras psicológicas esenciales para actuar las propias pulsiones sexuales y agresivas en el cuerpo del niño, reconociendo su estatus de hijo y permitiéndole así su derecho a la infancia.

Cultura y parentalidad, ¿es posible una cultura de la parentalidad?

Recordemos con S. Freud (2008) que “en las relaciones sociales entre los hombres ocurre lo mismo que la investigación psicoanalítica tiene averiguado para la vía de desarrollo de la libido individual: esta se apunala en la satisfacción de las grandes necesidades vitales, y escoge como sus primeros objetos a las personas que participan en dicho desarrollo”

Estas relaciones están lejos de ser simples y desprovistas de un grado de hostilidad, como lo señala Freud en la misma obra: “conforme al testimonio del psicoanálisis, casi todas las relaciones afectivas íntimas, de alguna duración, entre dos personas -el matrimonio, la amistad, el amor paterno y el filial- dejan un depósito de sentimientos hostiles, que precisa, para desaparecer, del proceso de la represión. Este fenómeno se nos muestra más claramente cuando vemos a dos asociados pelearse de continuo o al subordinado murmurar sin cesar contra su superior. El mismo hecho se produce cuando los hombres se reúnen para formar conjuntos más amplios. Siempre que dos familias se unen por un matrimonio, cada una de ellas se considera mejor y más distinguida que la otra. Dos ciudades vecinas serán siempre rivales... Cuando la hostilidad se dirige contra personas amadas decimos que se trata de una ambivalencia afectiva y nos explicamos el caso, probablemente de un modo demasiado racionalista, por los numerosos pretextos que las relaciones muy íntimas ofrecen para el nacimiento de conflictos de intereses“(2008).

Por otra parte, un conocedor profundo de las relaciones entre la madre y el hijo como Winnicott (1947), ha descrito algunas de las múltiples razones que tiene una madre normal para odiar a su hijo:

Porque el niño real no corresponde al que la madre había creado en su mente como bebé imaginario.

El niño es una amenaza para el cuerpo de la madre durante el embarazo y la lactancia. Daña sus pezones y la muerde.

El niño es cruel y exigente, ignora los sacrificios que la madre tiene que hacer para cuidarlo.

El niño es caprichoso y rechaza su comida, pero puede comer muy bien con otra persona como una tía.

El niño la excita pero la frustra al mismo tiempo ya que ella no lo puede comer ni tener comercio sexual con él.

No obstante estos potenciales de odio del ser humano, el amor constituye el principal elemento para hacer avanzar la cultura y se impone en la parentalidad, Freud lo afirma en las siguientes líneas: “en el curso del desarrollo de la libido individual. La libido se apoya en la satisfacción de las grandes necesidades individuales y elige, como primeros objetos, a aquellas personas que en ella intervienen. En el desarrollo de la humanidad, como en el del individuo, es el amor lo que ha revelado ser el principal factor de civilización, y aun quizá el único, determinando el paso del egoísmo al altruismo. Y tanto el amor sexual a la mujer, con la necesidad, de él derivada, de proteger todo lo que era grato al alma femenina, como el amor desexualizado, homosexual sublimado, por otros hombres, amor que nace del trabajo común.”

Vemos que la cultura como la parentalidad se hace posible por esta predominancia del amor sobre las pulsiones agresivas y sexuales puras, es a partir de un trabajo de este tipo que se opera en cada padre, en cada madre y en cada hijo, una “cultura de la parentalidad”. Para comprender mejor lo que queremos designar con este término, es conveniente dirigir nuestra mirada hacia el principio de los tiempos, vemos entonces que la historia de la humanidad muestra que la necesidad del hombre primitivo de controlar su medio así como la necesidad sexual, con la correspondiente necesidad de la mujer de no separarse de su prole, son dos factores que contribuyeron a formar lazos estables en el clan familiar : las hembras se asociaron al macho más fuerte y éste detentaba el poder convirtiéndose en el padre tiránico. Freud propone en su obra *Tótem y tabú* (1976) que según el mito primordial los hermanos se unieron contra el padre dando muerte al tirano para así poder obtener los goces sexuales que le eran reservados.

El acto parricida dio lugar a la fase totémica de la cultura que se basa en las restricciones que los hermanos hubieron de imponerse mutuamente para consolidar el nuevo sistema. Los preceptos del tabú constituyeron así el primer «derecho», la primera ley.

La vida de los hombres en común adquirió un doble fundamento:

La obligación del trabajo impuesta por las necesidades exteriores

El poderío del amor, que impedía al hombre prescindir de su objeto sexual, la mujer, y a ésta, de esa parte separada de su seno que es el hijo.

De esta manera, amor y necesidad, *eros* y *ananké* se convirtieron en los pilares de la cultura humana...”, el orden simbólico había sido establecido. Freud propone que un acontecimiento como la supresión del padre por la horda fraterna tenía que dejar huellas imperecederas en la historia de la humanidad y manifestarse en formaciones sustitutivas, tanto más numerosas cuanto menos grato era su recuerdo directo.

Estas formaciones sustitutivas inauguran un orden simbólico, un trabajo psíquico y un trabajo de cultura que se pone en evidencia en la mitología de los pueblos así como en los sueños del individuo y en la estructuración de la parentalidad.

Debemos considerar ahora el problema de la transmisión del saber a través de las generaciones. Al respecto Freud propone que si los procesos psíquicos de una generación no prosiguieran desarrollándose en la siguiente, cada una de ellas se vería obligada a comenzar desde un principio el aprendizaje de la vida, lo cual excluiría toda posibilidad de progreso en este terreno. En relación con este particular se plantean dos nuevas interrogaciones acerca de:

- la continuidad psíquica dentro de estas series de generaciones y
- los medios y caminos de que se sirve cada generación para transmitir a la siguiente sus estados psíquicos.

Freud sostiene que tal continuidad queda asegurada en parte por la herencia de disposiciones psíquicas, “las cuales precisan, sin embargo, de ciertos estímulos en la vida individual para desarrollarse”.

Es en este sentido que la cultura de la parentalidad se presenta como una forma de transmisión del saber esencial a través de las generaciones, transmisión que se efectúa de manera intergeneracional y también transgeneracional.

Gracias a los avances en el estudio psicoanalítico del recién nacido y de las interacciones tempranas con sus padres, podemos tener más luz acerca de esos “estímulos que requiere el ser humano para desarrollarse”. Sabemos ahora que los cuidados maternos, paradigma de la parentalidad, son el vehículo privilegiado de la herencia psíquica. Esta cultura de la parentalidad integra representaciones que se traducen en acciones que se reconocen como funciones de los padres hacia sus hijos.

M. Gudelia (2004) describe, desde la antropología, la parentalidad a partir de las siguientes funciones: 1.- concebir o engendrar; 2.- criar, alimentar, proteger; 3.- instruir, formar, educar; 4.- tener derechos y obligaciones con respecto al niño; ser considerado a los ojos de la sociedad como responsable de sus actos y garante de los mismos; 5.- dotar a un niño desde el nacimiento de un nombre, un estatus social, de derechos, etc. Tanto en el marco de las relaciones de parentesco que en otras relaciones sociales; 6.- tener el derecho de ejercer ciertas formas de autoridad sobre el niño incluyendo el castigarlo. Lograr ciertas formas de obediencia, de respeto, y de afecto; 7.- prohibirse el tener relaciones sexuales (homo y hetera) con este niño. Para aquellos padres que llegaran a cometer un incesto o a hacer un uso prohibido de su sexo.

Didier Boulez (1999) ha descrito tres ejes de la parentalidad que son importantes de recordar: 1. El ejercicio de la parentalidad; los aspectos jurídico y legales de ser padres; 2. la experiencia de la parentalidad; la experiencia afectiva de ser padres a lo largo del ciclo vital; y 3. la práctica de la parentalidad: las tareas cotidianas que implica la función parental.

De esta suerte transmisión del orden simbólico, psiquismo y cultura quedan íntimamente ligados.

La cultura de la parentalidad, al introducir la triple diferencia organiza la mente de los padres y del hijo, establece un orden en las relaciones al interior del grupo familiar y entre las familias facilitando así la filiación y el desarrollo de la civilización.

La ayuda a la construcción de la parentalidad se presenta como una respuesta de los profesionales del niño y de la familia para:

Comprender mejor las transformaciones que sufren las familias en la actualidad y acompañar a padres e hijos en los momentos críticos de este proceso.

Coadyuvar a prevenir y tratar oportunamente los trastornos y el sufrimiento psíquico en los niños y en los padres de nuestro tiempo.

Finalmente, se trata de cambiar la dirección del paradigma para poner el énfasis no en la violencia y en la barbarie sino en su antídoto que es el buen trato, el bienestar del niño y de sus padres.

Esos niños que carecen de un padre y de una madre para protegerlos...

Esos niños que las circunstancias han determinado que se encuentren separados temporal o definitivamente de sus padres o cuyos padres no puedan asumir sus funciones de maternalidad y de paternalidad, requieren que nos detengamos en una reflexión especial. En un trabajo anterior (2004)

hemos abordado las posibles ayudas a los padres que se encuentran en dificultad psíquica para asumir sus funciones parentales.

En esta líneas nos situaremos desde el lado del niño que para construirse necesita de ser maternado e inscrito en una cultura.

Retomando el caso de México, según datos estadísticos existen 8 millones de niños que pueden ser llamados “niños de la calle” en diversas categorías y situaciones.

Por otro lado, Freud en su obra *Pegan a un niño* (2009) cita las emociones intensas y contradictorias que provoca en todo ser humano la sola representación del maltrato de un niño:

El horror de identificarse con él niño maltratado

El placer de “ver” que le pegan a un niño

El deseo de proteger o salvar a niño, de convertirse en su salvador

Es difícil para las personas que se ocupan profesionalmente de estos niños puedan escapar a la tentación de jugar este papel de salvador. Desear dotarlos de “todo lo que la vida les negó”, por ejemplo residencias y escuelas equipadas con las mejores comodidades y adelantos técnicos, programas con la últimas computadoras, se alternan con regalos de navidad excesivos, espectáculos y visitas culturales, pero ¿qué es lo que necesita realmente un niño para construirse como un ser autónomo y digno en un medio institucional?

Múltiples estudios se han realizado para investigar este problema, en particular después de la segunda guerra mundial, contamos con los estudios de René Spitz (1965) sobre los efectos de la separación de la madre, este investigador describió la depresión anaclítica del niño. A partir de sus observaciones sobre los efectos que podía tener en el psiquismo del niño el ser separado de su madre durante en particular durante la segunda mitad del primer año, observó que la depresión que seguía a la separación podía desaparecer cuando la madre regresaba después de varias semanas, pero cuando la separación se prolongaba las posibilidades de recuperación del niño disminuían. Describió asimismo, el síndrome del hospitalismo en pequeños separados de su objeto materno y que tenían sin embargo cuidados correctos en cuanto a su alimentación, higiene, etc. pero que carecían de una relación privilegiada, en estos niños se observaba un deterioro gradual de su estado psíquico y físico, llanto, ausencia de juego y de apetito, retraimiento, conductas repetitivas de autoestimulación, retraso generalizado y finalmente en algunos casos la muerte.

Spitz deduce que cuando el niño ha integrado una relación afectiva con

su madre como una persona única, y esto ocurre generalmente entre el 7º y el 8º mes, es más difícil que el niño pueda tolerar la separación. También observó que cuando no existe una relación privilegiada con la persona que le prodiga los cuidados, estos no bastan para ayudar a niño en su desarrollo físico, afectivo y social, es el caso de niños internados en instituciones que cuidan los aspectos materiales pero que no aportan una relación personal, casos en donde Spitz pudo observar el síndrome de hospitalismo.

J. Bowlby (1984), otro gran estudioso de los efectos de la separación temprana en el niño, describió la conducta de apego y la importancia de contar con lo que él llamó “una base segura”. Vemos que el problema de los niños privados de sus padres y en particular separados de su madre, plantean problemas muy complejos y a diferentes niveles, uno de ellos es la tendencia privilegiar los aspectos materiales de los cuidados del niño y ceder a la tentación de sobre-compensar al niño o bien de rechazarlo, estas conductas se apoyan en gran medida en las repercusiones inconscientes que los niños en tales condiciones provocan en las personas que se ocupan de ellos. De ahí que sea muy importante conocer lo que es esencial para la construcción del niño y que los profesionales puedan contar con una capacitación que los ayude a hacer frente a estas difíciles situaciones.

En los llamados “niños de la calle” la triple diferencia que implica la parentalidad se ve transgredida o simplemente no existe, esta triple diferencia se convierte frecuentemente en una triple violencia cotidiana:

Diferencia yo-no yo: el niño es ignorado en su individualidad y sus necesidades se ven confundidas con las de las del medio que lo rodea.

Diferencia de género: su identidad sexual es ignorada y el niño o la niña son tratados con frecuencia como objeto sexual.

Diferencia de generaciones : el niño es sometido al desamparo y a la necesidad de subvenir a sus necesidades materiales y psicológicas, trabajo en la calle, mendicidad y lucha por la sobrevivencia sustituyen los cuidados maternos y paternos que necesita para su desarrollo, la transmisión que recibe es el abandono y o una cadena de fracasos y la imprevisibilidad del medio.

Maternajes y paternajes insólitos. La experiencia de Lóczy

En esta perspectiva merece especial atención la experiencia llevada a cabo en Lóczy. Se trata de una casa de cuna en Hungría para niños separados de sus padres temporal o definitivamente. Fundada por la doctora Emi Pikler quien sostiene que los cuidados tiernos y apacibles de una madre son insustituibles, se trata entonces de aportar a los niños privados de ellos un

medio que les ayude a desarrollarse como seres sanos y no según el síndrome de privación materna descrito por J. Bowlby (1984) en donde resaltan conductas asociales, agresividad, sexualidad precoz y falta de cuidado hacia los hijos cuando se trata de niñas que se convierten en madres, perpetuando así una cadena de niños abandonados.

En un estudio que se realizó por la OMS entre 1968 y 1970, se examinaron 100 personas que habían sido criadas en este instituto y luego adoptadas por una familia. En el momento de la investigación los sujetos tenían entre 14 y 23 años. Aunque la mayoría habían crecido en familias incompletas, sea con un solo padre que se había vuelto a casar o no, ninguno mostraba los síntomas de desorden de la personalidad, características de una infancia pasada en una institución.

Sorprendentemente en esta institución el principio que rige los intercambios de los adultos con los niños no es el amor y los cariños, propios de una madre sino el respeto y el diseño de un medio que favorece la seguridad y la previsibilidad para el niño.

Los principios directivos de Lockzy son:

El valor de la actividad autónoma. Desarrollar el gusto de la actividad autónoma es considerado como esencial para la educación de todos los niños. La estimulación del niño existe, pero rara vez es realizada directamente por el adulto: no existe una interferencia activa sino más bien una riqueza de un medio seguro y apropiado al nivel de desarrollo del niño, respeto del ritmo del niño como base del autocontrol y de la seguridad, interés del adulto que se expresa discretamente pero de manera real y a distancia.

Calor de una relación afectiva privilegiada y la importancia particular de que situarla en un marco institucional. Se hace todo lo posible por limitar el número de personas que se ocupan del niño para promover una relación personalizada y una continuidad, pero esta relación debe ser conscientemente controlada por el adulto que no debe cargar al niño con su propia afectividad y sus expectativas personales; todas las actitudes son dictadas por el respeto de la personalidad del niño y proceden de una comprensión inteligente de sus necesidades. Es esencialmente en el momento de los cuidados del niño, los cuales son lo más personalizados posible, que se construye esta relación a través un maternaje que ha sido objeto de una reflexión y de un programa para su ejecución. El objetivo es proveer al niño de todas las condiciones necesarias para un buen desarrollo que lo prepare a establecer posteriormente una relación con sus padres re-encontrados.

En el intervalo el niño es dejado consigo mismo, favoreciendo su

actividad autónoma, pero vigilado por la cuidadora con una distancia donde ambos se pueden ver y escuchar mutuamente.

Necesidad de fomentar en el niño la toma de conciencia de sí mismo y de su medio ambiente La regularidad de los acontecimientos en el tiempo y la estabilidad de las situaciones en el espacio cuentan mucho en esta toma de conciencia. Pero es fundamentalmente a través de los cuidados y a través del maternaje que todo está hecho para ayudar al niño a comprender lo más rápidamente posible y enseguida a conocer bien: quien es él, lo que le pasa, lo que se le está haciendo y lo que él hace, quien se ocupa de él y cuál es su entorno, cuál es su situación y lo que va a venir. Todo esto implica que el niño no es considerado jamás como un objeto sino siempre tratado como un sujeto. Desde la edad más temprana se busca partiendo de él mismo que participe cada vez que se entra en relación con él.

Importancia de un buen estado de salud física que supone y también resulta de la buena aplicación de los principios precedentes. Cada niño cuenta con un régimen personalizado, fundado en la observación cotidiana, que incluye no solo su alimentación y salud física sino su bienestar general en una atmosfera familiar.

El respeto constante de estos principios tiene dos consecuencias:

+ la elaboración de una serie de procedimientos originales que se convierten a la vez en principios educativos.

+ la exclusión de decisiones improvisadas o arbitrarias que modifique la vida de los niños.

Los estudios de dos psicoanalistas de niños Myriam David y Geneviève Appell (1973), permitieron conocer esta experiencia que ofrece nuevas y alentadoras respuestas para el cuidado de aquellos niños que al ser separados de sus padres sufren una número infinito de violencias cotidianas que suelen perpetuarse cuando estos a su vez tienen hijos, se trata de una vía posible para romper esta cadena de maltratos que suele transmitirse a través de las generaciones.

Acerca de una experiencia francomexicana para construir una cultura de la parentalidad

“lo que has heredado de tus padres, gánalo para poseerlo...”⁹

Esta frase responde a la pregunta sobre la transmisión del saber entre las generaciones, se trata en suma del mecanismo que hace que un sujeto se apropie de la cultura de sus padres y forme parte de su comunidad. La

9 Goethe, citado por Freud, S. (1976). *Totem et Tabou. op. cit.*

pregunta que surge es, ¿cómo un niño en las familias de nuestra época puede convertirse en el hijo de sus padres y transmitir el saber ancestral a sus propios hijos?

Separaciones de los padres, transformación de la familia, migraciones, profusión de mensajes a través de los media que transmiten una imagen idealizada y deformada de la vida familiar través. Así, las formas de ser y de hacer en la familia son vistos a través de valores extraños que vienen de un mundo ideal de celuloide o del fascinante mundo virtual de los videojuegos, en este mundo de la pantalla en donde todo es posible, sexo y violencia se combinan alegremente hasta banalizarse y convertirse en una especie de moneda de cambio desprovista de sentido, cuyo único sentido actual es el de anestesiar el dolor de la soledad y el vacío, estas son algunas de las nuevas enfermedades del alma como lo propone J. Kristeva (1993). Consumo compulsivo de sexo, de drogas, de videojuegos vienen a colorear de omnipotencia el profundo desamparo en que se encuentra con frecuencia el hijo frente a un padre que no lo protege, como también la madre y el padre que no encuentra como ser madre o padre de su propio hijo si no es repitiendo la violencia de que fue objeto. La sociedad violenta de nuestro tiempo propone sus analgésicos a consumir sin medida, olvidar que se ha perdido quien sabe en qué sendero el sentido de aquello que parecía un saber de cómo ser padres y de ser hijos en nuestra cultura.

La experiencia francomexicana de ayuda a la parentalidad y formación de profesionales

El problema es basto y complejo, lo constatamos día a día. Ante esta realidad el único medio que nos queda es primero la modestia, trabajar reconociendo límites, los límites que introduce la parentalidad y nuestros propios límites como trabajadores en un campo social en el que estamos inmersos y que muchas veces sobrepasa nuestras capacidades de respuesta.

Por ello pensamos que el primer paso es una capacitación que prepare a los profesionales del niño y de la familia a reconocer los mecanismos de construcción de la parentalidad así como las situaciones de riesgo en que este proceso puede verse bloqueado, deformado o destruido ante diversas circunstancias.

Con este objetivo se diseñó el diplomado internacional de la parentalidad y las psicoterapias conjuntas bebé-padres, esta enseñanza, que se realiza en dos etapas o ciclos, procura a los profesionales del niño y de la familia herramientas teóricas y clínicas para acompañar a los padres y a sus hijos en los momentos críticos e intervenir oportunamente respetando la complejidad

de los elementos que intervienen en la construcción psíquica del niño y de sus padres.

El primer ciclo es una formación interdisciplinaria abierta a médicos, pediatras, trabajadores sociales, psicólogos, psicoterapeutas, pedagogos, juristas y todo profesional involucrado con el trabajo del niño y de la familia. En este ciclo se aprenden las nociones básicas de la parentalidad y se analizan en relación a los diferentes campos de trabajo: el hospital o la clínica de consulta, la escuela, la guardería, la comunidad. Los profesionales de diferentes disciplinas pueden así contar con herramientas que les permitan comprender mejor los procesos psicológicos de las familias que tratan y procurarles y mejor ayuda.

El segundo ciclo, especialidad en psicoterapias padres-bebé, está destinado a psicoterapeutas y psicoanalistas que van a profundizar en el apoyo clínico de las familias en el periodo de perinatalidad, que presentan situaciones de riesgo psíquico, este periodo comprende el embarazo y los primeros tres años después del nacimiento del niño. En este ciclo se profundizan las técnicas de intervención como la consulta terapéutica desarrollada particularmente por Serge Lebovici así como otras técnicas de psicoterapia padres-bebe.

Un aspecto fundamental de esta formación es la supervisión clínica en grupo de los casos, la cual permite el seguimiento del proceso terapéutico, permite así mismo que el terapeuta confrontado a situaciones clínicas con frecuencia críticas y con una carga excesiva de violencia no se sienta desprotegido o abrumado ante la situación. Así se facilita la elaboración de un material que en otras circunstancias suele hacer que el profesional se sienta invadido, desalentado ante una problemática masiva y dolorosa que paraliza o desorganiza el propio aparato psíquico.

Dolores

Paciente tratada en el Instituto Nacional de Perinatología. Investigación-acción madres deprimidas. Tratamiento realizado por la psicoanalista Delia de la Cerda supervisado por la doctora Leticia Solís Pontón

27 años, educadora. En el momento del primer contacto ella va a dar luz a su segundo hijo y ha sido diagnosticada de depresión con ideas suicidas, además sufre de diversas complicaciones ginecológicas.

Su marido es estéril y le propuso “hacer un bebé por su lado”. Él se refería a una inseminación artificial, sin embargo las cosas sucedieron de otra manera. Dolores tuvo una aventura con su jefe en su trabajo y se embarazó, para su marido fue como lo decía una inseminación en el

hospital. A pesar de sus intensos sentimientos de culpa hacia su marido a quien ella ama, decide guardar el secreto. Dos años más tarde regresa a su antiguo trabajo y reencuentra a jefe a quien no ama pero no le puede negar nada y se encuentra de nuevo embarazada, sin saber porque hace todo esto. Dolores siente que ha traicionado los principios que su madre le inculco y que ha traicionado a dios. La víspera del parto ella duda en revelar toda la verdad a su marido que expresa sus dudas por esta segunda “inseminación”. Por otro lado, sufre muchas dudas con respecto a su hijo de dos años, ella lo quiere pero no lo soporta, lo encuentra demasiado inquieto y esto la hace ser muy agresiva con el niño.

Dolores que tuvo su menarquia a los 9 años dice que fue violada a los 12 por un vecino que tenía 18, ella dice que acepto porque pensó que solo se trataba de caricias. Por este hecho la esposa de su hermano mayor la trato siempre de prostituta. Su padre era alcohólico y maltrataba frecuentemente a su madre, pero a ella jamás lo golpeo. Conoció a su marido a la edad de 14 años y se casaron cuando ella tenía 17. Al principio de su matrimonio él era bastante “machista” pero a partir del nacimiento de su hijo él se volvió más considerado y cariñoso con ella.

Dolores da a luz a un segundo varón y acepta el tratamiento. A través de las consultas en que asiste con sus dos hijos ella comienza a tomar contacto con su mundo interno y con su propia sexualidad contradictoria, comienza a separar sus propios sentimientos ambivalentes hacia su padre, y hacia los hombres en general. El miedo al padre violento con la madre se mezcla con la excitación sexual que las escenas violentas producen en los niños y que produjeron en ella siendo niña. La ternura hacia el padre que no la maltrata así como al marido considerado se mezcla con la rabia de verse privada de su maternidad, ella disocia así la figura masculina en un padre bueno pero enfermo, como su marido y un hombre sexual, violento, abandonador, capaz de darle sexo y de darle hijos. Estos sentimientos ahora proyectados en sus hijos, le impiden tejer un vínculo materno. Gracias al tratamiento, la angustia y la culpa pueden ser contenidas permitiendo a dolores establecer un vínculo materno más libre de conflicto evitando el sismo familiar que amenazaba la familia entera y su propia vida.

La violencia que portan estas familias, principalmente cuando se trata del maltrato del niño, reactiva angustias muy arcaicas en todo profesional que se ve llevado a tratar con ellas. La ambivalencia, la confusión y la impotencia, se hacen presentes, el deseo de aliviar este dolor intenso puede motivarnos a abandonar estos casos o a actuar inconscientemente y, de

manera paradójica, repetir la conducta de maltrato que se ha querido evitar.

En nuestro equipo, formado por profesionales competentes y serias, con un gran rigor y dedicación a su trabajo, se presentaron enfermedades y malestares diversos que pudimos elaborar y resolver en relación al impacto de la violencia en el seguimiento de estos casos.

Así también vemos que en algunos equipos en donde la protección del niño en situaciones difíciles conlleva los aspectos jurídico y legales, se puede llegar a medidas que paradójicamente, reproducen la desorganización y la violencia que pretenden resolver.

Cristina.

Paciente en grave dificultad tratada en el marco de la ayuda a la parentalidad en Francia.

Durante una reunión de preparación a la maternidad conozco a Cristina quien me fija con la mirada de un niño sediento y me pide una consulta. 28 años, soltera, 6 meses de embarazo producto de un encuentro fugaz con un compañero de travesía en un barco. El compañero propone un aborto pero ella decide, con el consejo de su madre, conservar el bebé que será una niña.

Es la hija mayor de cuatro hermanas y mantiene una relación que califica de muy particular con su madre debido a lo cual teme el nacimiento de su hija, tiene miedo que la historia trágica de su familia se repita en su bebé porque un destino fatal parece condenar a los hijos de esta familia. Su propia madre, la menor de una familia modesta de inmigrantes de un país del este perdió a su madre a la edad de tres años, esta mujer guarda un solo recuerdo extremadamente doloroso de su infancia: el sentimiento de cólera porque su madre partía al hospital, negándose ella a despedirse, la madre muere y nunca volverá a verla, la niña cae en una depresión que la pone en el borde de la muerte, durante toda su vida ella sufrirá de profundas depresiones intermitentes. A la pérdida materna de la pequeña, se agrega el incesto entre su hermana mayor y su padre del cual ella es testigo durante toda su infancia. Cuando se convierte en una joven mujer se casa con un hombre de un país asiático, él mismo habiendo vivido una migración dolorosa. Buscando su desarrollo profesional, la pareja decide expatriarse a un país de oriente, ahí nacerá Cristina. El nacimiento de cristina estará marcado por una grave depresión post-partum de su madre que le impide ocuparse de su bebé, que será cuidado por diferentes nanas. La recién nacida tomara el lugar de la madre muerta en la vida afectiva de su madre que le atribuye este rol de diferentes maneras. El vínculo simbiótico en el que cristina es la

encargada de hacer vivir a su madre se continuara durante su infancia sin que el nacimiento de sus hermanas lo pueda modificar; en sus recuerdos, ella es la responsable de cuidar a su madre; es una niña que no sabe jugar y se pasea con un carrito de muñecas vacío.

Durante los años de infancia de cristina, la familia vive en diferentes países; ambos padres llevan una intensa vida profesional y social, cristina y sus hermanas son cuidadas por nanas. Cuando cristina llega a la adolescencia, la familia regresa a Francia; es un gran choque cultural; la madre entra en una grave depresión, el padre viaja; cristina fracasa en sus estudios y comienza tener diversas aventuras sexuales; vagabundea y toma drogas; su mal de vivir se expresara en una tentativa de suicidio. Durante las sesiones que siguieron nuestro primer encuentro, ella expresa una gran necesidad de cercanía al mismo tiempo que una desconfianza profunda hacia la analista. Evoca fantasías masturbatorias recurrentes, que según su discurso, llenan toda su vida. Se trata de fantasías homosexuales en que ella organiza una escena de exploración ginecológica sadomasoquista y que le provoca un intenso sentimiento de cólera que la invade : el sentimiento de que su madre la traicionara, de que no la hubiera protegido y en vez de eso la abandonara, se convierte en un sufrimiento insoportable; esto la hace reaccionar con una gran violencia hacia su madre, pero esta violencia la sumerge en un sentimiento aún más doloroso de hacer sufrir a la persona que ella ama más en la vida sin que pueda evitarlo o expresarse de manera diferente que por sus acciones violentas.

Cristina pasa su vida a repetir de forma compulsiva el vínculo homosexual con su madre a través de sus fantasías masturbatorias. Tiene múltiples aventuras sexuales con hombres de nivel social siempre inferior al suyo, relaciones imposibles en la realidad. En estos encuentros ella recrea la escena de la exploración ginecológica construida a partir de un recuerdo pantalla: “sus padres establecieron una estrecha amistad con una pareja extraña que acababa de perder a sus dos hijos en un accidente de automóvil, el auto era conducido por la madre de los niños que era médico ginecólogo. Esta persona gustaba de llevarla a su consulta. Las pacientes eran mujeres negras generalmente pobres. Cristina conserva un recuerdo de la mesa de exploración y del sexo de las mujeres que ella miraba petrificada”. La reconstrucción de este escenario se convirtió en el tema central de sus juegos de infancia que se prolongaron en sus aventuras de adulto. El placer se convierte en una cólera ciega cuando cristina se imagina a su madre siendo explorada por su amiga ginecóloga

A medida que la fecha del parto se acerca, cristina expresa durante las sesiones fantasías que conciernen al bebé en su vientre; imagina que ella es vampirizada por un ser maléfico que la hace sufrir y que la abandonara más tarde. Ella se muestra furiosa contra su madre, a quien atribuye la responsabilidad de su maternidad no deseada. En la transferencia, ella expresa igualmente su desesperación de bebé desamparado, sedienta de contacto, su desconfianza hacia mí es equivalente que su deseo de cercanía. Tal vez yo no escucharía sus necesidades y la abandonaría en manos de gentes perversas durante el parto, así como su madre lo hizo cuando ella nació: sus angustias evolucionan en una escalada ; en un movimiento de fuerte emoción, de empatía, yo me acerco a ella para decirle que entiendo sus angustias y que estoy segura que ella encontraría la fuerza para afrontar el parto ; nosotras encontramos una metáfora del parto en una estatuilla de la “maternidad maya» que guardo sobre mi mesa de trabajo . Ella dará a luz, sin problemas, a una linda bebé a quien le dará el nombre de perla.

Cristina acaba de salir de la maternidad; ella amamanta a perla, pero es presa de angustias que la invaden. Se trata de fantasías de su sexualidad perversa que se entrecruzan con la idea de que su hija al crecer la abandonaría como ella misma abandono a su madre; igualmente el fantasma de la abuela muerta flota en el ambiente. Ella cree ver un signo de dolor en el rostro de perla que frunce el ceño. Cristina pasa toda la noche dando el pecho a su hija que comienza a llorar en cuanto esta la separa; de pronto la bebé cierra los ojos y se queda dormida; cristina y su propia madre lo interpretan como el hecho de que la bebé se está muriendo; la madre y la abuela son presas de pánico, cristina me llama desesperada: en la sesión que siguió, pudimos analizar las angustias ligadas a la excitación que le provoca el contacto homosexual con su madre, ahora proyectado en su hija. Sexualidad incestuosa y fantasías de muerte están ligadas en el vínculo madre-hija. Así mismo, la diferencia de generaciones es abolida. Por un lado, la identificación narcisista de cristina a su hija, reactiva su sentimiento de desamparo por haber sido un recién nacido abandonado por una madre deprimida. Igualmente, su lugar de sustituta de la abuela muerta se pone de manifiesto.

Mi intervención como tercero separador ayudo a la contención de las angustias de las tres mujeres:

La abuela que no pudo asumir su nuevo rol de abuela. Con el nacimiento de su nieta ella retoma una sexualidad desbordada y tiene algunas aventuras pasajeras.

La madre de perla que en el post-partum es abandonada por el padre del bebé, no logra neutralizar sus mociones incestuosas que permitirían que la corriente de ternura predomine y la ayude a asumir sus tareas maternas. El paso del cuerpo erótico al cuerpo materno se enfrenta a un gradiente de excitación traumática.

La bebé que en los inicios de su vida, se encuentra en peligro de verse atrapada en el nudo de lazos incestuosos de las mujeres de esta familia.

La función de continente permitió salir de este impasse. El hecho de que yo acompañara a cristina cuando ella se tenía que ocupar de perla permitió que en estos momentos ella hablara de sus temores, confrontando sus fantasías con la realidad. Dicha situación se convirtió en un mediador eficaz gracias al cual cristina podía después ocuparse de su bebé guardando la imagen tranquilizante de esos momentos, en que yo me ocupaba de ella y ella a su vez podía ocuparse de su bebé. Por otro lado, se constatan los efectos devastadores de la seducción materna sobre el desarrollo del hijo cuando no existe un tercer elemento que introduzca límites a la satisfacción de la sexualidad infantil. Esta función es lo propio del rol paterno.

Cristina como bebé, era la hija de una madre deprimida, una madre muerta como lo propone André Green. Ciertamente, pero esta madre era presa también de sentimientos de culpabilidad inconsciente que la señalaban como culpable frente a la muerte de su propia madre. La situación era aún más complicada porque esta abuela evocaba el hecho que su propia hermana mayor había tomado el lugar de la madre en el lecho conyugal al lado de su padre; algunos años más tarde, convertida en adolescente, ella misma mantendría relaciones clandestinas con el marido de su hermana que jugaba el papel de su protector.

En la familia de cristina; la pérdida de padres y parientes era cosa frecuente, pero también la pérdida de raíces y el aislamiento. Del lado materno como del lado paterno, se trata de familias migrantes que en el curso del éxodo habían sido desmembradas y habían perdido sus bienes materiales y culturales. A lo anterior se sumaba el hecho que la joven pareja de los padres había decidido partir en un éxodo voluntario con la perspectiva de progresar en su vida profesional. Pero esta expatriación los confrontaba a culturas muy diferentes de su propia cultura y en esas circunstancias tuvieron a sus cuatro hijas. El aspecto inquietante, a veces perturbador de las experiencias vividas por la familia se multiplicaba sin que existiera un marco continente que pudiera aportar una red protectora a esta familia.

En Cristina, ese yo capaz de realizar la prueba de realidad se encontraba

severamente perturbado, atrapado en una especie de tela de araña, alimentado de las fantasías y de las formas de actuar desordenadas de su familia. En este universo, los límites estaban constantemente borrados en provecho de una búsqueda inmediata de placer. Cristina me parecía habitar un mundo onírico y sus salidas para encontrar la realidad se hacían a través de experiencias dolorosas en donde ella tenía necesidad de “frotarse con las barreras del mundo real”. Enfrentamiento peligroso y doloroso para sentirse existir. En esta época, mis intervenciones tomaban la forma de un acompañamiento donde ella podía encontrar una experiencia compartida de “nosotros”, próxima de la noción que propone R. Emde como “weness.

Un cambio en el funcionamiento psíquico de Cristina:

Seis años han pasado desde el nacimiento de perla, que se ha convertido en una niñita vivaz, inteligente, en buena salud y que parece crecer en la alegría de vivir; esta niña muestra un buen desempeño escolar sin que se pueda pensar en una situación de precocidad.

Cristina tiene ahora un trabajo regular, asume la manutención de su hogar y la educación de su hija. Ella comienza a recuperar sus recuerdos de infancia que van a aportar luz acerca de su fantasía masturbatoria la cual consiste en una sensación de frotamiento, como de rascar una tela, que ella asocia a una escena sexual sin palabras, sin personajes humanos. Se acuerda de sus años pasados en un país musulmán fundamentalista, ella sitúa esta etapa entre los 5 y los 7 años; ella caminaba en el centro de la ciudad con su madre; había una multitud, hombres excitados que corrían y gritaban, ella piensa que se masturbaban bajo sus túnicas; se trataba de la lapidación de una mujer, de la que ella solo vio un zapato.

Cristina asocia sobre otro recuerdo de la misma época; ellas están en la casa sobre el lecho de sus padres; hace calor; su madre se pasea desnuda, ella pregunta a su madre como es eso de beber la leche de los senos maternos; su madre le propone el tratar la experiencia, ella toma el seno de su madre en la boca. Cristina experimenta una fuerte sensación de asco y se da cuenta que esta experiencia tuvo lugar en una época en que ella tenía la misma edad que su hija en la actualidad; muestra un fuerte “shock” y piensa que ella jamás podría hacer eso a su hija. Enseguida ella asocia la sensación de sed intensa que la invade en ciertos momentos difíciles.

En esta época la madre de Cristina atraviesa un periodo de depresión que sigue a la muerte del esposo de su hermana. La madre comunica a sus hijas sus relaciones incestuosas, lo que ocasiona un sismo en la familia, Cristina responde que ella lo sabía desde que era pequeña. En sus fantasías ella es en

ocasiones el fruto de esta relación incestuosa. Al mismo tiempo, la imagen del tío materno ocupa un lugar central en sus actividades masturbatorias. Durante un largo periodo el trabajo durante las sesiones giro alrededor del establecimiento de la diferencia entre Cristina y su madre.

Ella me reporta una experiencia ilustrativa de su funcionamiento psíquico: fue a visitar a su madre que está viendo emocionada un video de arte, se trata de la Catedral de Roen pintada por Manet. Esta pintura está inmersa en una atmosfera brumosa que le da la impresión de extrañeza onírica. Cristina, invadida por la emoción de su madre, se siente partir hacia el interior de la imagen, sentimiento que ella conoce muy bien; de pronto, en una fracción de segundo, se produce un movimiento contrario: ella se detiene, ella no es su madre, toma distancia, y puede admirar la belleza del cuadro sin ser absorbida.

Cristina se da cuenta que ella existe fuera del cuerpo de su madre. Es un movimiento completamente nuevo en su experiencia; ella descubre que ella tiene un cuerpo y un aparato de sentir propios, que no son los de su madre. Ella puede comenzar a pensar.

En efecto, ella mostraba una incapacidad para el cálculo, la ortografía, y los referentes en el tiempo y en el espacio. Esta incapacidad de pensar era tanto más impresionante que su madre era una profesional de la educación.

Numerosos elementos intervinieron para que pudiéramos llegar a este punto, pero yo creo sobre todo en la predicción de Perla, esta niña que un día decía, convencida a su abuelo:

“mi papá está lejos, yo sé que él vendrá un día y.....mientras, como yo necesito llamar a un papa, al igual los otros niños de la escuela, ¿me permites que yo te llame papa?”

Para terminar, quisiera recordar con Freud que la riqueza y la particularidad del psicoanálisis radica en ser “una ciencia de la empiria”, una ciencia de la experiencia, es decir de nuestra propia experiencia, donde reconocemos nuestro propio dolor en el dolor del prójimo y donde nuestra propia subjetividad y vulnerabilidad se confronta con otra y de este encuentro de dos historias, de dos psiquismos, en un encuadre determinado, ocurre algo que nos permite acercarnos y tocar sin destruir, ese tejido frágil y complejo que es la parentalidad humana.

Bibliografía

- AINSWORTH, M.; D. S. & WITIG, B. A. (1969). Attachement and exploratory behaviour of one-year olds in a strange situation. *In determinants of infants behaviour*. Vol 7, Bm Toss Londres, Methuen.
- AINSWORTH, M., BLEHAR, M., WATERS, E. & WALL, S. (1978). *Patterns of attachment: assessed in the strange situation and at home*. Hillsdale, New Jersey: Erlbaum.
- BARRIGUETE, J. A. (2002). La función del padre en la consulta terapéutica. En L. Solís Pontón, *La parentalidad, desafío para el tercer milenio*. México: Manual Moderno.
- BOWLBY, J. (1984). *Attachement et perte (3 volumes)*. Paris: P.U.F. (Coll. Le fil rouge)
- BRAZELTON, T. (1973). Neonatal behavioral assessment scale, *Clinics in Developmental Medicine*, n. 50, London, William Heineman Medical Books, Philadelphia, Lippincott.
- BYDŁOWSK, M. (1997). *La dette de vie, itinéraire psychanalytique de la maternité*. Paris : P.U.F. (Coll. Le fil rouge)
- CRAMER, B. (1989). *Profession bébé*. Paris: Hachette.
- CUELI, J. (1997). Las familias marginadas en la ciudad de México. En L. Solís Pontón, *La familia en la ciudad de México. Presente pasado y porvenir*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- DAVID, M. & APPELL, G. (1973). *Lóczy ou le maternage insolite*. Paris: Editions du Scarabée.
- DEVEREUX, G. (1965), *Ethnopsychanalyse complémentariste*. Paris: Flammarion.
- EMDE, R. (1989). *La psychologie et la psychothérapie du développement précoce*. Paris: P.U.F.
- ERIKSON, E.H. (1950). *Childhood and society*. New York: Norton.
- FEDIDA, P. (1977). L'inceste et le meurtre dans la généalogie. *In le concept et la violence*. Paris: Union Générale D'éditions: 119-174.
- FIVAZ-DEPEURSINGE, E., STERN, D.N., BÜRGIN, D., BYNG-HALL, J., CORBOZ-WARNERY, A., LAMOUR, M. & LEOVICI, S. (1994). The dynamics of interfaces: seven authors in search of encounters across levels of description of an event involving a mother, father, and baby, *Infant Mental Health Journal*, 15, 1: 69-89.
- FREUD, S. (1976). *Totem et tabou*. Paris: Payot. (trabajo original publicado en 1912-13)

- (1995). *Esquisse d'une psychologie scientifique. In la naissance de la psychanalyse.* Paris: P.U.F., 1986. (trabajo original publicado en 1895)
- (2008). *Psicología de las masas y análisis del yo.* En J. L. Etcheverry (traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu. (trabajo original publicado en 1920-1922)
- (2009). *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales.* En J. L. Etcheverry (traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. XVII). Buenos Aires: Amorrortu. (trabajo original publicado en 1917-1919)
- GODELIER, M. (2004). *Les métamorphoses de la parenté.* Paris: Fayard.
- GREEN, A. (1977). *Atome de parenté et relations œdipiennes.* In *l'identité. Séminaire dirigé par Claude Lévi-Strauss, Figures Grasset* : 93-94.
- HOUZEL, D. (1999). *Les enjeux de la parentalité.* Ramonville Saint-Agne: Erès.
- KORNER, A. (1974). *Individual differences at bird. Implications for child care practices.* In *The infant at risks.* D., BERGSMAN ed., 1974. *Visual alertness in neonates: individual differences and their correlates.* *Percept. Motor Skills*, 1979, 31: 499-509.
- KRISTEVA, J. (1993). *Les nouvelles maladies de l'âme.* Paris: Fayard.
- LEBOVICI, S. (1983). *Le nourrisson, la mère et le psychanalyste.* Paris: Paidós / Le centurion.
- Et WEL-HALPERN, F. (1989). *La psychopathologie du bébé.* Paris: P.U.F.
- (1993). *On intergenerational transmission: from filiation to affiliation.* In *Infant Mental Health Journal*, 14, 4: 260-272.
- (1997). *Défense et illustration du concept de narcissisme primaire. Les avatars du narcissisme primaire et le processus de subjectivation.* In *Psychiatrie de l'enfant*, xl, (2), 1997: 429-463.
- (1998). *L'arbre de la vie: le processus de filiation et de parentalisation.* *Journal de la Psychanalyse de l'enfant*, 22, 98-127.
- (2002). En L. Solís Pontón, *Parentalite, défi pour le troisième millénaire.* Paris: P.U.F. (Coll. Le fil rouge) Chapitre 1, dialogue.
- LEVI-STRAUSS, C. (1949). *Les structures élémentaires de la parenté.* Paris: La Haye, Mouton & C, 1967.
- LOWIE, R.H. (1933), *The family as a social unit,* *Papers of the Michigan Academy of Science, arts and letters*, 18: 53-69.
- LUARCA, C. A. (s.f). *Estos son los cuentos que me contaron para ti...* Santiago de Querétaro: Convento de Santo Domingo.
- MATTEI, J.F., (2002). En L. Solís Pontón, *La parentalidad, desafío para el*

- tercer milenio*. México: Manual Moderno.
- MAZET, P. & STOLERU, S. (1990). *Psychopathologie du nourrisson et du jeune enfant*. Paris: Masson.
- NACHT, S. (1965). Le narcissisme, gardien de la vie. *Revue Française de Psychanalyse*, 5-6: 529-531.
- OSOFSKY, J. (1976) Neonatal characteristics and mother-infant interaction. *In two observational situations*. *Child development*, 1976, 47: 1138-1147.
- PALACIOS, A. (1997). Procesos transculturales e identidad en la familia citadina. En I. Solís Pontón, *La familia en la ciudad de México. Presente pasado y porvenir*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- REMUS, J. (1997). Factores de dificultad y resistencia en la atención psicosocial de la familia. En L. Solís Pontón, *La familia en la ciudad de México. Presente, pasado y porvenir*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- SOLÍS PONTÓN, L. (1997). *La familia en la ciudad de México. Presente, pasado y porvenir*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- (2002). *Parentalite, défi pour le troisième millénaire*. Paris: P.U.F. (Coll. Le fil rouge) Chapitre 1, dialogue.
- (2004). *La parentalidad, desafío para el tercer milenio*. México: Manual Moderno.
- SPITZ, R. (1965). *De la naissance à la parole: la première année de la vie*. Paris: P.U.F. (Coll. Bibliothèque de psychanalyse)
- STERN, D. (1985). *Le monde interpersonnel du nourrisson – une perspective psychanalytique et développementale*. Paris: P.U.F., 1989. (Coll. Le fil rouge)
- THIS, B. (1980). *Le père: acte de naissance*. Paris: Le Seuil.
- VIVES, J. (1996). El deseo de tener un hijo. En Lartigue, T. y Ávila, H. (comp.): *Sexualidad y reproducción humana en México*, vol. I, 99-112. México: Plaza y Valdés.
- WINNICOTT, D. W. (1947). Odio en la contratransferencia. *In collected papers: through paediatrics to psycho-analysis*. London: Tavistock (1958).
- (1958). Through paediatrics to psycho-analysis. *Collected papers*. London: Tavistock.
- (1964). What about father? *In l'enfant, sa famille et le monde extérieur*. Paris: Payot.
- Documentos multimedia

- AINSWORTH, M. (1969). *Maternal sensitivity scales*. Publicado en internet en <http://www.psy.sunysu.edu/attachment/senscoop.mum>
- CYRULNICK, B. & LEMAY, M. (1998). *Parlez-moi du père* [video]. Marseille: Anthea Parole Donnée.
- FONAGY, P. (1999). *Transgenerational consistencies of attachment: a new theory*. Publicado en internet en la página de la Dallas Society for Psychoanalytic Psychology.
- LEBOVICI, S. & GOLSE, B. (1998). *Éléments de psychopathologie du bébé*. Ramonville saint-agne: Erès. (A l'aube de la vie, Collection multimedia)
- MARTINO, B. ((2000), *Loczy, une maison pour grandir*. Película disponible en la asociación Pikler Loczy de Paris, Francia.
- SOULÉ, M., MISSIONNIER, M., SOUBIEUX, M. J. & GOURAND, I. (1999) *Ecoute voir. L'échographie de la grossesse: les enjeux de la relation*. Ramonville Saint- Agne: Erès. (Starfilm) (A l'aube de la vie, Collection Multimedia)

Fuentes estadísticas

- Diario *La Jornada*. (1995, 1º noviembre).
- MONTAÑO, J. (1976). *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*. México: Siglo xxi.
- VÁZQUEZ RANGEL, G. & RAMÍREZ LÓPEZ, I. (coord.) (1995). *Marginación y pobreza en México*. México: Ariel divulgación.
- INEGI. Noveno censo general de la población en México 1970.